

Cuatro historiadores:

Vicuña Mackenna, Barros Arana, Mitre y Medina

SERGIO MARTINEZ BAEZA

Hace años, más de veinte, concurrí por primera vez a visitar el Museo Mitre, en Buenos Aires. Confieso que, más que sus salas, sus muebles coloniales, cuadros, diplomas y retratos, más que sus vitrinas con centenares de medallas y monedas, me interesaba su Biblioteca, esa grande y bien dotada biblioteca americana que formara el gran argentino y, sobre todo, los libros chilenos en ella contenidos.

En mi lento deambular por los recintos de la vieja casona traspuse, por fin, la última puerta y penetré en el que fuera el escritorio de Mitre, su sala de trabajo. Con asombro y auténtico goce espiritual vi en ella un cuadro rectangular en que lucían los retratos de tres hijos de Chile: Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana y José Toribio Medina.

Indagué cuanto pude para establecer su procedencia, y supe así que había sido el propio general Mitre quien los hiciera enmarcar y colocar allí donde pudiera verlos cada vez que alzaba su mirada.

Una pregunta entró entonces a rondarme en forma insistente: ¿Por qué el general había elegido para decorar su estancia los rostros severos de esos tres varones chilenos?

Las razones, infinitas, caben en una palabra: la Historia.

Y, en verdad, la Historia fue el nexo y la atadura de una amistad fraterna, nunca desmentida, que impulsó a esos cuatro prohombres a darse por entero a esa ciencia y ensoñar, cada uno a su manera, el propósito de escribir la gran Historia de nuestra América.

Vicuña Mackenna

La amistad que se fue tejiendo, a partir del año 1948, fecha del arribo de Mitre a Chile, entre nuestros historiadores y ese gran argentino, vive en un sinnúmero de cartas, documentos, libros y recuerdos. Entre los volúmenes que atesora el Museo Mitre figura el ALBUM DE LAS GLORIAS DE CHILE, de don Benjamín Vicuña Mackenna. Adherida a la cara interna del tomo 1° se encuentra una carta del autor al general Mitre, fechada en Santiago el 30 de octubre de 1885. En el ángulo superior y con menuda letra se lee esta anotación: "contestada. Enero 26. B.M.". Este detalle intrascendente cobra extraordinaria significación si se considera que ese mismo día se velaba en la hacienda Santa Rosa de Colmo el cadáver de Vicuña Mackenna, fallecido en la víspera.

El general Mitre ignoraba tal desgracia, y precisamente ese día había publicado en su diario "La Nación", prestigioso periódico ya más que centenario de la capital argentina, un comentario sobre el referido ALBUM DE LAS GLORIAS DE CHILE, lo que le permitía incluir el recorte en su carta al dilecto amigo.

"El escritor más fecundo, más brillante y ameno —señalaba Mitre—, a la par que más original que haya producido la América del Sur, y en muerte como en vida, es el Hércules de la Literatura Chilena...".

Cerraba la necrología con este juicio valeroso y el primero vertido en el continente: "La América ha perdido en Benjamín Vicuña Mackenna, uno de sus hombres ilustres; la República Argentina, al más noble y generoso de sus amigos de ultra cordillera, y Chile, un gran corazón y una gran cabeza...".

Retornemos ahora un poco al pasado. En agosto de 1855 Vicuña Mackenna, de regreso de su viaje a Europa, se encontraba en Buenos Aires. La ciudad le atrapa con dos de sus pasiones: un gran amigo y una rica biblioteca.

En PAGINAS DE MI DIARIO (1856) nos informa jubiloso de sus encuentros con el general Mitre.

"Recién llegado —anota— fui a saludarlo en la Casa de Gobierno. La última vez que le había visto en Chile, fue en uno de los cuarteles de San Pablo, donde un mismo destino de persecución nos retenía, y entonces (1851), sin embargo, Mitre sólo hablaba del porvenir, de su fe en las ideas de la justicia, y de la santidad de la causa liberal de la América del Sur, única que podía rehabilitarla, y tenía fe también en los hombres y en sus amigos; y tenía fe en sí mismo, y por esto lo veíamos de Ministro de Guerra en la capital del Plata, General en Jefe

del Ejército del Estado, el más brillante orador de la Cámara de Representantes, la primera pluma del diarismo, el más alto consejero del Gobierno, y a la vez, palanca de acción, el alma, en fin, de la política liberal de Buenos Aires...”.

“Bartolomé Mitre —prosigue Vicuña en este preciso análisis—, una de las más ilustres figuras en la historia de la América del Sur, porque es, no sólo un hombre de talento y de ideas, que de éstos hay muchos, sino un hombre de corazón... Bartolomé Mitre es un modelo. Si la América del Sur tuviera hoy 20 hombres como él, la regeneración política de sus repúblicas no se haría esperar largo tiempo en inútiles combinaciones...”.

Líneas más adelante cuenta en asombro cómo le vio modesto y reservado, en pleno auge de su popularidad, “vestido con un frac azul, todo raído, los mismos pantalones con que hacía sus campañas en la Pampa, y un sombrero de lana redondo a lo Garibaldi, que le tapaba la frente hasta las cejas...”.

Sus últimas frases rememoran el hogar del amigo tal si estuviera grabando en cobre una visión patriarcal:

“Vimos también al coronel Mitre —señala— en algunas ocasiones en su casa al lado de su joven esposa, una persona de gran belleza y de los más distinguidos modales, hija del coronel de Vedia, y mientras la media docena de chicuelos que componen la familia retozaba en la maltratada alfombra de su modesta y exigua sala de recibo, él conversaba con nosotros de Chile y de la América...”.

La amistad de Vicuña Mackenna con Mitre, iniciada en Chile con un intercambio de ideas liberales, adquirió caracteres mayores gracias a la pasión histórica que les ganaba el alma. En el Museo Mitre todavía se conservan 23 cartas de Vicuña Mackenna que denuncian cómo fueron recreando el pasado americano.

A principios del año 1883 Vicuña tuvo conocimiento de un viaje que proyectaba el general, para estudiar documentos y visitar los campos de batalla de Chacabuco, Maipo y Cancha Rayada. Gozoso en extremo le escribió en abril de ese año ofreciéndole cuanto tenía:

“su cuarto independiente en nuestra quinta, y el jardín que es grande y bonito —expresaba— le he acomodado en un rústico pabellón su gabinete de trabajo con los libros, planos y manuscritos que Ud. deseará consultar...”.

“Tengo ya coche tomado —agrega— para ir al campo de Maipo, donde, al día siguiente de su llegada iremos a almorzar con los huasos, teniendo a la vista las pircas de huesos calcinados, que todavía allí se conservan al aire libre del campo y de la indiferencia...”.

En esa época el general Mitre había sugerido al ingeniero Clark, constructor del ferrocarril Buenos Aires al Pacífico, que diera a una de las estaciones el nombre del chileno amigo. Vicuña conoció este detalle por el propio ingeniero, y al agradecer este gesto a Mitre se lamenta “que indicara mi pobre nombre” para una de las estaciones.

Hoy en el trayecto ferroviario por el solar argentino, el pasajero mira y no sabe, por lo general, el origen de ese nombre de VICUÑA MACKENNA que denuncia una estación y un hermoso pueblo.

En las postrimerías del año 1885 el general recibió una carta de Vicuña Mackenna —que sería la última— donde cuenta sus males físicos. “Estoy trabajado desde hace seis meses —decía— por una dolencia misteriosa que ningún médico conoce ni define, pero que va minando lentamente mi existencia...”.

Después, el silencio precursor de la muerte...

Barros Arana

Dos individualidades tan distintas —Diego Barros Arana y Bartolomé Mitre— conformaron, gracias al anhelo de escribir una Historia de América, un tipo único de amistad ejemplar: dejando de lado todo egoísmo se intercambiaron sus conocimientos, libros y documentos, para cumplir un destino en la cultura del continente.

Antes que ellos encararan esta tarea, ¿existía alguna Historia de América?

Asombra constatarlo: en 1820 se había editado en Milán una curiosa *Storia della America*, en 29 volúmenes, escrita por José Belloni, seudónimo del historiador José Compagnoni. Y en nuestra América se conocía una Geografía General publicada en Caracas y los Cuadernos de Gelpi y Ferro editados en La Habana en 1864.

A estos balbuceos sobre el gran tema, cabe señalar el notable aporte de Vicuña Mackenna, quien encontrándose desterrado en Lima escribió en 1860 una obra medular intitulada la *Revolución de la Independencia del Perú*.

La labor americanista de Barros Arana se inició en Santiago en 1850, con la publicación de su ensayo sobre Tupac Amaru y una biografía del general San Martín. A pesar de sus escasos veinte años ya había escrito las biografías de Vicente Benavides y del general Ramón Freire.

Para escribir con propiedad se dio maña en la búsqueda de libros referidos a la América, adquiriendo varias colecciones privadas.

En carta a su amigo argentino Juan María Gutiérrez cuenta su aventura de bibliófilo: “Yo —dice— continúo aficionado a los fósiles americanos; a la fecha tengo una biblioteca americana de 600 volúmenes...”. En una nueva carta donde pide le adquiera algunas colecciones porteñas, sostiene orgulloso: “No he evitado medio alguno para que mi colección de libros sea la más completa sobre América”. Cierra esta correspondencia con esta juvenil profecía: “Créame amigo, que yo me figuro destinado por la Providencia para aclarar nuestra historia, y ser una crónica viva de todo lo que nos concierne...”.

Deseo aquí destacar que también el general Mitre, a la misma edad de Barros Arana —22 años— escribió un anhelo semejante, en el *Diario de su Juventud*, en Montevideo, señalando: “Tengo la pretensión de creer que existe en mí el germen de alguna cosa... Y Dios quiera que no me engañe...”.

En nuevas comunicaciones a Gutiérrez —que eran leídas por Mitre—, Barros Arana le anuncia (1853) la redacción de un *Compendio General de Historia de América* y su primer tomo de la Historia de la Independencia de Chile. Además piensa escribir una historia de Hernando de Magallanes, para la cual posee abundante y curiosa información.

La obra editada en 1864 superó todas sus esperanzas y ganó la admiración para su autor en el exterior. Mitre opinó entusiasta: “Mucho he gozado con la lectura de su libro *Vida y viajes de Magallanes*. Es sin duda lo mejor que ha escrito Ud. sobre historia y geografía, por la armonía del conjunto, el severo gusto literario que ha precedido su composición y la exactitud de las noticias históricas y geográficas que presenta basadas en documentos poco conocidos o inéditos...”.

Nuestro Barros Arana, sin proponérselo, escribió y exaltó al descubridor de todo el litoral argentino, desde el delta del Paraná a la boca del Estrecho, y todavía, después de 105 años, está vigente como la única que cumple tan hermoso destino.

En 1858 Barros Arana se ve en graves dificultades políticas y es

sometido a prisión por su insistente campaña periodística contra el gobierno del presidente Montt.

Al finalizar ese año, dejó la patria para iniciar la ronda del desterrado, y la vez dar vida a su sueño de investigador, compulsando documentos en colecciones privadas y públicas. Después, volvería a sus libros, papeles y manuscritos, expresando que sus días mejores “son aquellos —dice— en que paso nueve horas seguidas sentado en mi sillón, con la pluma o el lápiz en una mano y los documentos históricos en la otra...”.

Antes de alejarse de Santiago obtuvo del general Juan Gregorio de Las Heras, una carta de presentación para el general Mitre, a quien no veía desde 1852. Refiriéndose a su visita al entonces gobernador de Buenos Aires, escribió años más tarde: “El general Mitre me prestó en ese país los servicios más útiles y eficaces. Poseedor de una abundante colección de libros y papeles históricos que después ha engrosado considerablemente, lo puso todo a mi disposición con la más absoluta franqueza, me ayudó con su experiencia en la exploración de los archivos y me puso en comunicación con cuanta persona podía procurarme algún documento o suministrarme algún dato que pudiera interesarme. Las relaciones que habíamos cultivado en Chile en años anteriores se convirtieron entonces en la más estrecha amistad, en una verdadera confraternidad literaria que hemos conservado inalterable a pesar del tiempo, de la distancia y de todas las vicisitudes de la vida, comunicándonos nuestros proyectos literarios y nuestros escritos, de cualquier clase que fuesen, y proporcionándonos recíprocamente los libros, los documentos y los mapas que podían interesarnos para nuestros trabajos respectivos...”.

Estos testimonios quedaron impresos en el último capítulo de la monumental *Historia General de Chile*, y fueron redactados en 1902 cuando Barros Arana contaba 72 años. Les puso término con estas palabras que denuncian un arquetipo de amistad intelectual propia de varones superiores: “Esta amistad de más de 40 años —escribió— que nada ha perturbado y que nada ha aminorado; amistad sin desconfianza y sin rivalidades, y en que no han intervenido sino móviles sanos, me ha procurado una no pequeña satisfacción, en las afecciones de la vida y en mi carrera de escritor...”.

Tres años duró su andanza en busca de nuevas luces para escribir la historia de América. Buenos Aires, Montevideo, Brasil, España, Francia, Alemania, Bélgica, Holanda e Inglaterra, fueron etapas para esta insaciable sed de cultura. No hubo museo, archivo o librería que no

le conociera, ni librero que no tratara con él la venta de impresos o documentos sobre América.

Cinco años después, estaba en la patria, y un nuevo gobierno le confiere la rectoría del Instituto Nacional, donde debe afrontar el difícil problema de la carencia de textos adecuados. Tras redactar manuales de Composición y Literatura, se enfrentó con la historia. “No existía un solo libro completo —le cuenta a Mitre—, pues únicamente circulaban textos elementales que revelaban en sus autores una ignorancia casi increíble...”. Para salvar esta situación empezó en 1864 a escribir una Historia de América “que formará —decía al general— un volumen de 600 páginas en octavo, tipo menudo...”.

Siguiendo su norma fraterna de intercambiar producciones, le asevera, “en setiembre comenzaré a imprimir y tendré cuidado de remitir a Ud. por partes este trabajo...”. En cuanto a la calidad de su historia, se juzga a sí mismo con severidad y proclama: “No me lisonjeo con la esperanza de hacer una obra notable, pero será un compendio claro, lleno de hechos y útil a los colegios americanos. En ediciones posteriores podré mejorar algo más, corregir los errores y mejorar su forma, que no puede ser muy buena por estar hecha a la carrera, y para cumplir una necesidad imperiosa...”.

El *Compendio de la Historia de América* abarcó dos volúmenes impresos en 1865. En abril de ese año recibió Mitre los primeros cuadernillos, fresca todavía la tinta de imprenta, y con ellos el “mea culpa” de Barros Arana. “En este trabajo no verá Ud. más que el buen deseo de agrupar metódicamente las noticias más averiguadas para que los niños puedan estudiarlas...”. Y tal si dudara de una benévola comprensión hacia su redacción sencilla y descriptiva, añadía: “No he tenido el propósito de hacer un trabajo crítico, ni de alta erudición y, antes por el contrario, he evitado citaciones, no discutiendo sino aquello que era imposible dejar de discutir...”.

A poco de impreso y observando los dos nutridos tomos que sumaban un millar de páginas, Barros Arana cayó en la cuenta que “era demasiado extenso para texto elemental, pero, eso sí, útil para la preparación de los profesores del ramo...”.

Hizo entonces “un libro abreviado en un solo volumen”, que vino a solucionar el problema didáctico y tuvo la virtud de inmortalizarlo. Así nació el *Compendio Elemental de Historia de América*, con un total de 424 páginas, editado en las postrimerías de 1865 en Santiago y reeditado en Buenos Aires por la Casa Jacobsen en el año 1881.

Aseveramos que iba a inmortalizarlo, y no pecamos de exagerados.

Varias generaciones americanas, desde la fecha de su impresión, tuvieron a este libro como guía magistral e insustituible, y era frecuente oír a los estudiantes —olvidando su título— llamarlo sólo “mi Barros Arana”.

Mitre

La pasión por la historia americana ganó a Bartolomé Mitre en plena juventud. Justifica la existencia de tan noble vocación —si más no hubiera— su *Diario* (1843-1846), escrito en su época de defensor de la sitiada Montevideo, donde cada renglón evidencia este destino.

Tras los muros coloniales, en ese largo asedio de años, entre ráfagas de metralla y la interminable espera del asalto, tuvo tiempo y voluntad para cultivar su predio espiritual, con la lectura de las mejores obras editadas en Europa.

Carente de estudios superiores, forjó su blasón de erudito e inició su aventura histórica, publicando su primer trabajo: “A la memoria del teniente coronel don Joaquín de Vedia”, y preparó los ensayos biográficos sobre Mariano Moreno, Artigas y Dorrego.

Seducido por los grandes maestros y amparado en el lema de Planché —Mi guía es la razón— somete cada lectura a un agotador análisis para extraer su esencia. Una frase, dos líneas, cuando más un párrafo son suficientes para sembrar el desconcierto en obras de Voltaire, Bossuet, Vico, Darú, Tocqueville, Rousseau o Michelet. Del primero dice: “Cuando llega a hablar del cristianismo sin comprender el espíritu sublime de esa religión, prodiga bufonadas a manos llenas...”.

La Historia de la República de Venecia de Darú la estima bien escrita, pero a su autor lo señala como “un volteriano, atrasado en cuanto a la marcha de las ideas, falto de color y filosofía...”.

No está de acuerdo con Tocqueville, que incurre “en las generalidades propias de los historiadores mediocres...”. Tampoco lo está con Michelet, quien coloca “la historia bajo el yugo de la dialéctica rigurosa...”. De Villemain leyó su *Cromwell*, nada más que para saber cómo encarar la historia de un hombre representativo de toda una época. “Me sorprendió —dice— por su verdad y por haber coincidido con el modo que adopté para escribir la biografía de Artigas...”.

A esta altura de su vida —22 años escasos— Mitre evidencia un agudo sentido crítico y una anhelante decisión por el género biográfi-

co. La biografía es para él “una fórmula natural que puede resumir en sí los elementos más opuestos. Tácito comprendió bien esto cuando escribió la vida de Agrícola...”, expresa.

Pareciera que Mitre viviera en plena holganza y sin ninguna preocupación para entregarse a lecturas y enjuiciar hombres, métodos e ideas. Sin embargo, su tiempo está colmado hasta la angustia entre el servicio de sargento mayor al frente del enemigo y la enfermedad de su hijita.

“Me acostaba cansado —anota en su *Diario*— y para dormirme leía antes un artículo de la Biografía Universal, lo que me acercaba a Luis XI, Lauzán, Luis XIV, San Vicente de Paul, Montesquieu, Licurgo el ateniense, Lucrecio, etc.”.

Al mismo tiempo iba creando su panorama de la historia argentina y americana, para concluir que el gran ciclo de la libertad y de la independencia cabían en la biografía de sus próceres. Faltaba buscar entre éstos a dos hijos de la revolución, y tenía fe en encontrarlos. Ya en 1844 anunciaba el análisis de las campañas militares de Belgrano, Rivera, Artigas, Alvear, Rondeau, Bolívar, Sucre, San Martín, Quiroga, López y Ramírez, “suficientes a dar una idea muy completa de la historia militar de la independencia”, según sus términos.

Los años del exilio lo alejaron de su pasión, pero no le impidieron —en Bolivia, Perú y Chile— hurgar en el pasado y recolectar documentos, a la vez que tratar a los historiadores y formar un círculo inigualado de amigos luchando por un anhelo común.

En 1857 inició su célebre *Historia de Belgrano*, que salió a luz en dos tomos entre 1858 y 1859. Diecisiete años más tarde la iba a reeditar intitulándola ahora: *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, cumpliendo así con su sueño de dar en la vida de un prócer la vida de su nación.

El primer comentario extranjero de esta obra y primero que se hizo en América, fue escrito por Barros Arana, en carta a Juan María Gutiérrez, fechada en la ciudad de Montevideo (1858), donde manifestaba: “He leído con verdadero placer la *Historia de Belgrano*, de Mitre, es decir el primer tomo publicado. Es un trabajo excelente, lleno de investigación y escrito con muy buen espíritu. He tratado —agregaba— día a día a Mitre, y cada vez estoy más prendado de las dotes de su inteligencia y de su corazón. Conoce perfectamente la historia argentina y posee un alma noble y generosa...”.

Años más tarde, cuando apareció la segunda edición, Barros Arana publicó en la *Revista Chilena*, en 1876, un acabado estudio sobre la

monumental obra, lleno de justas y muy merecidas alabanzas. Mitre la recuerda como una “crítica benévola del amigo y compañero de trabajo, que alienta al jornalero en su tarea, con su palabra autorizada y sobre todo con su ejemplo...”.

A la *Historia de Belgrano* le hacía falta su par. A la Historia de América le hacía falta el historiador argentino.

El nombre de San Martín vivía en el recuerdo de Mitre desde 1839 cuando en la *Revista del Plata*, editada en Montevideo, publicó un poema titulado “Al cinco de abril”, dedicado al general Olazabal. En una de sus estrofas lo llama y lo ensalza: “San Martín, tus glorias a lo alto subieron/ en las alas puras de la libertad...”.

Vuelve por él en los años 1848, 1851 ó 1857, mientras vivía en Chile primero y cuando escribió su *Historia de Belgrano*, donde lo iba a citar por su actuación en El Retiro, San Lorenzo y Tucumán. Al mediar el año 1873 su Biblioteca Americana atesoraba miles de documentos sanmartinianos y todos los libros y folletos escritos sobre su gloria. Escribe a sus amigos de Chile en procura de nuevos informes, sobre todo a Vicuña Mackenna —el primer sanmartiniano chileno—, y le cuenta sus desvelos constantes, con vehemencia de enamorado, para dar término a la primera parte del primer tomo de su obra magna.

La respuesta de Vicuña testimonia mejor la inquietud de Mitre. “Quisiera hablarle de San Martín —le dice— por quien tengo la misma veneración que Ud. profesa. Ud. lo pone en los altares partiendo su capa como lo hizo el San Martín verdadero en una plaza de Amiens...”. En el último párrafo lo alienta para que dé cima a su empresa: “Espero con ansias su San Martín —le expresa— y no dudo ha de ser digno gemelo de su magnífico Belgrano... Sé que Amunátegui ha enviado a Ud. una colección de cartas; sé también que Ambrosio Montt va a enviarle otra colección de planos... Ya ve Ud., mi querido general, cuántos buenos y solícitos cooperadores encuentra Ud. aquí para hacer la página de un libro...”.

La carta terminaba con un sugestivo llamado, con apariencias de súplica, para darle mayores alientos: “Pero, sea Ud. o no poder —referencia de Vicuña a la lucha presidencial entre Mitre y Avellaneda— no rompa por eso su pluma mi querido general. No deje a San Martín desnudo, como se quedó en la plaza de Amiens, cuando dio su capa al mendigo. Termine la gran empresa de su talento... Sus numerosos amigos de Chile hacen análogos votos a los míos...”.

1874 fue un año estremecido por las luchas políticas, y pintado de rojo para la Argentina. Entre tales eventos y en día ignorado por

nosotros, la mano del general Mitre tomaba la pluma para asentar en una cuartilla la primera frase de su libro: *Historia de San Martín según nuevos documentos*.

Al promediar ese año, recibió una carta y un paquete de libros enviados por Barros Arana, carta que contestaría en octubre con dos notables documentos: el “Manifiesto Revolucionario” y su “Carta sobre Literatura Americana”. Y es precisamente en ésta, al exponer sus futuros trabajos, donde confiesa: “Antes de emprenderla con Artigas (referencia a su vieja pasión de una biografía de este prócer), es mi ánimo terminar la *Historia de San Martín*. Es cuestión de tiempo y de redacción, pues todo el plan está bosquejado, los estudios están hechos según ese plan, y los documentos clasificados en el orden en que sucesivamente los he de usar. Estimo en diez mil, por lo menos el número de los documentos extractados o consultados para la confección de este libro. Formará dos tomos como la *Historia de Belgrano*, de 500 a 600 páginas cada uno. A propósito de San Martín veo que Ud. tiene en su poder el legajo de la batalla de Maipo. Dígame si además de lo que Ud. ha utilizado de él hay algo más que interese a la historia de esta gran batalla y del héroe que la ganó...”.

Desde 1875 y con largas intermitencias, fueron publicados en el diario *La Nación*, diversos capítulos, hasta 1883, cuando decide trasladarse a Chile para ver con ojos de historiador los campos de batalla y algunos documentos imprescindibles.

Ya expresamos, al hablar de Vicuña Mackenna, cómo le recibió éste en su hacienda de Santa Rosa de Colmo, y cómo le llevó a recorrer los parajes históricos. A su retorno con tan rica cosecha, tuvo un nuevo compás de espera, que alarmó a Barros Arana y le determinó a escribirle. “¿Qué hay de su *Historia de San Martín*...? —pregunta extrañado—. Sé que Ud. ha estado muy ocupado en la brillante organización que ha dado a *La Nación*. Comprendo que las irreparables desgracias que ha experimentado con la desaparición de personas tan queridas han debido alarmarle; pero, sé también que en estos trabajos históricos, que al vulgo de la gente parecen tan abrumadores y pesados, se encuentra, sino el olvido de los pesares, un bálsamo que los calma. No se olvide mi querido amigo que a nuestra edad no conviene dejar las cosas para más tarde, porque no podemos contar como capital en caja con nuestras fuerzas físicas y morales...”.

Al promediar el año 1887 las prensas de *La Nación* entregaron al público el primer tomo de la llamada ahora, por su contenido, *Historia*

de San Martín y de la emancipación americana. Al año siguiente salieron los dos últimos volúmenes.

José Toribio Medina

En el año 1883, cuando el general Mitre se encontraba en Chile, le fue presentado por Vicuña Mackenna un joven de treinta y un años llamado José Toribio Medina, que respaldaba su nombre con una decena de obras de investigación histórica de gran jerarquía.

Nueve años más tarde —1892— Medina llegaba a Buenos Aires, para cumplir —al igual que lo hicieran Vicuña Mackenna y Barros Arana— con su ciclo de expatriado.

En carta escrita 26 años después, nos informa cómo fue su encuentro con el historiador de San Martín.

“Luego de mi arribo a Buenos Aires, fui honrado —expresa— con la visita del general Mitre, entonces en el apogeo de su prestigio, de que acababa de dar elocuente testimonio la manifestación popular que se le había tributado a su regreso de Europa, y a quien yo había tenido la suerte de tratar en casa de don Benjamín Vicuña Mackenna en su último viaje a Chile. Al imponerse de los propósitos literarios que yo abrigaba, generosamente me abrió las puertas de su biblioteca; y junto con ellas, séame lícito decirlo, me dispensó el tesoro más valioso aún de su amistad. Fue así como pude aprovechar ampliamente de una y de otra, frecuentando a diario, por espacio de muchos meses, la modesta casa del general en la calle San Martín, para engolfarnos en disquisiciones de toda especie, relativas a la historia y numismática americana...”.

Medina tuvo oportunidad de concurrir a las reuniones en casa de Enrique Peña, donde iban a menudo el general Mitre, Carranza, Trelles, Rosa, Frageiro, Quesada, Marcó del Pont o Lamas. Fue allí, en una de tales reuniones, que propuso “a los amigos se asociaran en Junta constituida para que quedase un recuerdo de los puntos que se ventilaban...”. Y como si se excusara ante la posteridad, temeroso de que alguien le señalara como creador de esa Junta, asevera en la frase final de su carta: “Sea, pues, para Mitre, todo el merecimiento de haber

dado forma a la Junta, y déjese para sus precursores el modesto aporte de su iniciativa y de sus anhelos...”.

Medina consagró su tiempo en Buenos Aires a la preparación e impresión de la magna obra titulada: *La imprenta en el antiguo Virreinato del Río de la Plata*.

En homenaje de admiración hacia Mitre, fijó su nombre entre los benefactores morales que hicieron posible la edición. Al iniciar su “Primera Palabra” —portal de la obra— expresó la hondura de su agradecimiento “al señor don Bartolomé Mitre, que sin reserva alguna me abrió las puertas de su rica biblioteca y el arsenal más rico aún de su erudición inmensa...”. Y a través de las páginas lo cita en amplitud, en un anhelo evidente de grabar en el lector el nombre y la sabiduría del patriarca.

En años posteriores (1915), en la revista chilena *Pacífico Magazine*, recuerda sus trabajos en Buenos Aires, y reencuentra al amigo inolvidable con estas palabras: “A Mitre le conocía bastante. Me ligó a él, una de esas amistades que perduran a través del tiempo... ¡Cuántas atenciones exquisitas le debimos mi mujer y yo...! Casi a diario tenía ocasión de encontrarlo en su biblioteca. Por ese entonces estaba ardientemente ocupado en su traducción del Dante...”.

Tras una permanencia de ocho meses en Buenos Aires, Medina siguió a España. No bien desembarcara en Sevilla, escribió al general: “Después de un viaje relativamente feliz arribé a estas tierras de España, donde Ud. me tiene en mis tareas de costumbre: registrando el Archivo de Indias, las librerías y casas de cambio, en busca de papeles, libros y medallas americanas...”. Luego de informarle de su hallazgo de nueva documentación sobre Caboto, agrega: “Saboreo aún los agradables ratos pasados en casa de Ud., los cuales nunca olvidaré, ni menos sus cariñosas deferencias hacia mí, por las cuales le he quedado tan agradecido. Usted sabe que donde quiera que me encuentre, tiene en mí un amigo dispuesto a servirle en todo lo que pueda serle útil...”.

En su quehacer constante tuvo la fortuna de encontrar el libro del padre jesuita Luis de Valdivia, editado en Lima en el año 1607, referente a la lengua allentiac, hallazgo que colmó sus aspiraciones. Ya en 1878 había dado las primeras referencias sobre él en su *Historia de la literatura colonial de Chile*. Intentó ahora reeditarlos mediante copias fotográficas, y ante el fracaso del sistema, lo hizo por los medios corrientes.

En los primeros meses de 1894 envió al general Mitre la preciosa obrita, impresa en papel de marca mayor, portada a dos tintas, tirada

de doscientos ejemplares, bajo el título de *Doctrina cristiana y catecismo...*, etc. Mitre hojeando con deleite esta dádiva generosa para la cultura, no pudo menos que bendecir a Medina. Su aporte desgarraba la nebulosa respecto a la tribu de los huarpes y a su lengua —allentiac— tan mentada y tan ignorada.

En esa época llevaba muy adelantado el *Catálogo razonado de las lenguas americanas*: estudio y clasificación geográfica de los idiomas y dialectos desde Groenlandia a la Tierra del Fuego. La llegada del envío de Medina lo obligó a alterar su propósito de una gran edición conjunta, y a preparar en cambio, presuroso, un estudio sobre el allentiac.

Quiso, y es de suponerlo en homenaje a Medina, fuese un trabajo semejante a aquél, editándolo en idéntico formato, similar papel y tipografía, con portada también a dos colores. Se tituló: “Lenguas Americanas, Estudio Bibliográfico-Lingüístico de las Obras del Padre Luis de Valdivia..., etc.”.

Ahora toca a Mitre decir su admiración para el amigo chileno, citándolo con cariño a través de las páginas de la obra mencionada.

“El motivo de anticipar la publicación de estos capítulos —señala— es la reciente aparición de un libro que se consideraba perdido, que el distinguido bibliógrafo chileno don José Toribio Medina, ha exhumado del polvo del olvido, dedicándolo mercedamente al naturalista argentino Francisco P. Moreno...”. “El señor Medina —agrega— ha prestado un señalado servicio a la lingüística americana al sacar del olvido este precioso libro, dándole mayor valor los estudios biográficos y bibliográficos con que lo ilustra en vista de nuevos documentos...”.

He querido evocar, aceptando una generosa invitación de la Facultad de Derecho de la Universidad de Concepción y de la Sociedad de Historia de Concepción, las nobles figuras de Barros Arana, Vicuña Mackenna, Mitre y Medina y las estrechas vinculaciones intelectuales que se establecieron entre ellos, como un reconocimiento a su inmensa obra de investigación y divulgación histórica.

Estos cuatro historiadores —de los más destacados de nuestro continente— supieron glosar con rigor científico y vuelo literario, las esencias más gloriosas de nuestro pasado.

Sus vidas constituyen un ejemplo que es necesario exaltar para los historiadores del presente y sus obras, frutos de auténtica vocación creadora, seguirán iluminando el pretérito, enriqueciendo y orientando el quehacer de las nuevas generaciones de nuestra América.